

Crónica Ganadora en Prensa  
Publicada en el diario El Herald

# Una guerrera conquistó al congo con los pantalones bien puestos



La pasión por la danza de Congo la tiene desde niña, Alba Ahumada personificó a un hombre para hacer parte de ella, a pesar que la gente la miraba con asombro.

*Alba Ahumada fue la primera mujer en ponerse el traje masculino de esta danza de tradición en 1957, cuando apenas se estrenaba el voto femenino.*

► Por Keril Brodmeier

**M**iró su reloj; ya era hora de salir. Terminó su cerveza helada, y fue como si hubiera recobrado la vida. Emoción, euforia y hasta miedo ocultaron sus lentes de sol, y agarró el machete de madera. Vio su reflejo en el espejo por última vez, parecía un hombre de barba y bigote.

En la Batalla de Flores de 1957, la gente observaba con curiosidad a uno de los miembros de El Congo Grande que se veía un poco más menudo que los demás. Era Alba Ahumada, de 17 años, la primera mujer que en la historia de la danza vistió el turbante cilíndrico, la capa y los pantalones coloridos, símbolos de estos negros guerreros.

Tres años atrás Colombia aprobaba el voto femenino, que en diciembre del 57 llevó a las mujeres hasta las urnas. Alba aún era menor de edad para sufragar. No obstante, antes del Miércoles de Ceniza ya había estrenado su ciudadanía en el antiguo camellón Abello, hoy paseo de Bolívar, por donde desfilaba el Carnaval en aquella época. Lo hizo bailando con "los pantalones puestos" en un territorio dancístico exclusivamente para machos.

«Mi pasión por el congo empezó en mi infancia cuando me iba detrás de las



cuadrillas, imitando los movimientos del baile que ellos hacían. Vivía en el barrio San Felipe, muy cerca de donde ensayaban. Cuando volvía, mi mamá me pegaba mientras mi papá le pedía suspender el castigo. Por fin pude salir en la Batalla de Flores. Admiraba a los Congos, su maravilloso traje, que no podía usar por ser mujer, hasta el día que decidí lucirlo con honor», rememoró Alba, hoy con 78 años.

Mantenía la misma sonrisa cálida de siempre, aunque con profundos surcos alrededor de los labios; decenas de pequeñas zanjitas profundizan sus ojos vivaces, y su cabello se tiñó de gris. El tiempo le trajo a Alba la vejez, dejándole como saldo un ligero temblor

en sus manos y la presión arterial descontrolada.

A su edad, bailar bajo el sol abrasador de la vía 40 en Carnaval era prácticamente un suplicio con sus quebrantos de salud. Por eso hace tres años guardó su traje de Congo de manera definitiva, y decidió abandonar la danza tras seis décadas como portadora de una de las tradiciones más valiosas de los barranquilleros.

Alegre, dicharachera y comprometida, así la definen quienes la conocen en el barrio La Cordialidad.

—Hey ¿Te viste

el partido del Junior? Tremenda remontada—, le gritó a una vecina que barría la cuadra, mientras ella se tomaba un tinto en la terraza de su casa.

«Ya dispuse me entierren con el traje de Congo cuando muera. Si mis hijos no lo hacen así, les salgo en pena de noche», dijo dándole paso a una estrepitosa carcajada en su pequeña vivienda del suroccidente de la ciudad.

«Me casé a los 17 años, con un hombre de 57 años que era celosísimo, dominante. Pero como yo soñaba con bailar, y en el Congo no aceptaban mujeres, entonces me convertí en hombre. Ese fue mi mayor acto de rebeldía existencial», aseguró.

Como danza guerrera, los Congos excluían a las mujeres. Según historiadores del Carnaval, estos grupos africanos que nacieron en la

Colonia vivieron las épocas de la violencia bipartidista, cuando liberales y conservadores se disputaban el control político del Estado.

Los grupos folclóricos no fueron ajenos a la contienda política que vivió el país en muchas esferas. En este caso, la rivalidad se apaciguó con el paso de los años.

«Antes se hablaba de la conquista refiriéndose a la bandera que una danza le quitaba a otra el martes de Carnaval. En aquel tiempo no salían mujeres, solo hombres, precisamente porque eran guerreros», explicó Carlos Sojo, hacedor e investigador cultural.

Para Adolfo Maury, director de El Congo Grande, Alba Ahumada es una precursora de la transformación del entorno desde la danza, cuyo legado ha sido subvalorado.

«Ella es una leyenda viva en la danza del congo. Lo que hizo era impensable para una mujer en esa época. Mi abuelo, Ventura Cabrera, le abrió las puertas del grupo y ella no solo asumió su papel de congo, sino de líder; fue heroína, pero su nombre no está immortalizado en la historia de los grandes hacedores», apuntó.

*“El traje de congo es anhelado para mí, no me gustan esas polleras. Nunca usé ninguna, siempre vestí con pantalones y así me siento fuerte”, afirmó Alba Ahumada.*







*Alba fue una mujer que enfrentó muchos retos que la hicieron ser la mujer fuerte que es hoy en día.*

Alba desempolvó su traje mientras un dejo de nostalgia cruzó por sus ojos al acariciar la capa negra —el luto simbólico que lleva El Congo Grande para homenajear a sus difuntos. Su sonrisa disipó cualquier fugaz asomo de melancolía. Se puso el pantalón sobre la ropa y se dirigió a la entrada de la casa con su habitual paso cansino, pero revestida de autoridad.

«El traje de congo es anhelado para mí, no me gustan esas polleras. Nunca usé ninguna, siempre vestí con pantalones y así me siento fuerte», comentó.

Esta mujer enfrentó grandes retos como madre a muy temprana edad y esposa de un hombre con 40 años de diferencia, que en sus palabras “le hizo la vida imposible”. Sin embargo, nunca se ha recuperado del dolor de haber perdido a dos de sus cuatro hijos, a los que ha dedicado sus más sentidas plegarias en cada lumbalú —ritual funerario afrodescendiente— donde puede participar. Prefiere no hablar de la muerte, aunque asegura no tenerle miedo.

«Yo nunca le tuve miedo a nada, siempre fui una mujer trabajadora y echada pa’ lante. A mi esposo lo abandoné porque no iba a soportarle maltratos, duramos 16 años juntos. Era una mujer correcta que no merecía eso», añadió.

## Otros Congos

La danza del congo es una de las más tradicionales del Carnaval. La conforman parejas de hombres que realizan coreografías en forma de culebra, mariposa y caracol, acompasados por el sonar del tambor. Actualmente la acompañan grupos de mujeres y disfraces de animales.

El periplo de Alba por el Carnaval la hizo muy popular entre las danzas. Su voz era jerárquica entre sus compañeros de cuadrilla, por ello siempre fue seguida y respetada.

«Una vez salí de discusión por vainas insignificantes con Ventura Cabrera, director del Congo Grande, y para hacerle la maldad me le llevé treinta participantes de la danza y fundamos hace veinte años el Congo Dinastía, que es ahora liderado por Leonardo García. Hace quince años tuve también diferencias en el Dinastía y me llevé un montón de gente para crear el Congo Parrandero. Cuando Adolfo fue director me decía ‘Albita, véngase. Usted aquí tiene su puesto seguro’, entonces me regresé hasta que la salud me lo permitió», precisó.

En aquel tiempo, los congos tenían fama de machistas, borrachines y peleoneros. No obstante, con la llegada de Alba a la danza, los miembros, dicen que cambió el trato entre los participantes.

«No tuve enemistades, no me faltaron el respeto, ni me llevé nada a pecho. Yo los regañaba cuando se portaban mal, les decía: ‘nojoda cómo es que ustedes siendo miembros de esta danza se porten así. Si no quieren la danza, lárguense».

Alba ama El Congo Grande con la fiereza y pasión con la que se aman pocas cosas en la vida. De pronto se levantó de su silla y regresó con un retrato suyo en la mano que la mostraba vistiendo su entrañable traje.

Ayer, sobre el maquillaje aparecía su piel lozana; y hoy es arrasada por las cicatrices de la edad. Tenía su machete empuñado en la derecha y una cerveza en la izquierda. La imagen eternizó el momento en el que su vida cambió para siempre, pues cumplió su anhelo que desde niña la impulsó a ver a los congos bailar.

«El congo es todo para mí. Yo amo esta danza que fue mi lucha y me hizo guerrera. No siento tristeza porque me di gusto de todo. Era buena bebedora, dejé el trago hace cinco años y ni falta me hace; bailé y disfruté la vida. El Carnaval no me da nostalgia porque mucho lo gocé, lo único que extrañaría sería no ponerme más el traje. Por lo demás, puedo morir satisfecha», concluyó dibujando una sonrisa.